



CUANDO
EL EMPERADOR
ERA DIOS
JULIE OTSUKA

DUOMO NEFELIBATA



Cuando el emperador era Dios

Julie Otsuka

Traducción de Carme Font

Barcelona, 2013

Portadilla

Índice

Portada

Cuando el emperador era Dios

Orden de evacuación número 19

Tren

Cuando el emperador era Dios

En el patio trasero de un desconocido

Confesión

Fuentes

Agradecimientos

Créditos

Este libro está dedicado a mis padres
y a la memoria de Toyoko H. Nozaka

Orden de evacuación número 19

EL CARTEL había hecho su aparición de la noche a la mañana. Estaba en las vallas publicitarias y los árboles y en los respaldos de los bancos de las paradas de autobuses. Colgaba de la ventana de Woolworth's. Colgaba en la puerta de entrada del YMCA. Lo habían grapado en la puerta del juzgado municipal y lo habían sujetado con chinchetas, a la altura de los ojos, en cada poste telefónico de University Avenue. La mujer se disponía a devolver un libro de la biblioteca cuando vio el cartel en la ventana de una oficina de correos. Era un día soleado de Berkeley en la primavera de 1942 y como estrenaba gafas nuevas podía verlo todo con nitidez por primera vez desde hacía semanas. Ya no tenía que entornar la mirada. Leyó el cartel de arriba abajo, y sin entrecerrar los ojos sacó un bolígrafo y volvió a leer el cartel de arriba abajo. Estaba impreso con letra pequeña y oscura. Algunas letras eran diminutas. Anotó un puñado de palabras en el reverso de un recibo del banco, luego dio media vuelta, regresó a casa y empezó a hacer el equipaje.

Cuando el aviso de reclamación de la biblioteca llegó por correo al cabo de nueve días todavía no había acabado de hacer las maletas. Los niños se habían ido al colegio y las cajas y las maletas estaban esparcidas por el suelo de la casa. Metió el sobre en la maleta más cercana y salió por la puerta.

En el exterior, el sol calentaba y las ramas de palmera golpeaban distraídamente un costado de la casa. Se puso los guantes blancos de seda y enfiló por Ashby Street en dirección este. Cruzó California Street y compró varias pastillas de jabón Lux y un tarro grande de crema facial en la farmacia Rumford. Pasó por delante de la tienda de artículos de segunda mano y la tienda de ultramarinos tapiada, pero no se encontró con ningún conocido en la acera. En el quiosco situado en la esquina con Grove compró un ejem-

plar del Berkeley Gazette. Repasó rápidamente los titulares. Burma Road estaba cortada y uno de los quintillizos de Dionne –Yvonne– todavía se estaba recuperando de una operación de oído. El racionamiento de azúcar empezaría el martes. Dobló el periódico por la mitad pero tuvo cuidado de que la tinta no manchara los guantes.

Se detuvo en la ferretería Lundy para fijarse en la muestra de palas de jardín Victory del escaparate. Eran unas palas muy bien hechas con asas recias de metal y pensó, por unos instantes, en comprar una. Estaban bien de precio y no le gustaba dejar escapar una oferta. Luego se acordó de que ya tenía una pala en el cobertizo de casa. De hecho, tenía dos. No necesitaba una tercera. Se ajustó el vestido hacia abajo y entró en el establecimiento.

–Bonitas gafas –dijo Joe Lundy en el preciso instante en que cruzó la puerta.

–¿De verdad? –preguntó–. Aún no me he acostumbrado a ellas.

Cogió un martillo y lo asió firmemente por el mango.

–¿Tienes uno más grande? –preguntó.

Joe Lundy contestó que el martillo que sostenía en la mano era el más grande. Ella lo dejó en el expositor.

–¿Cómo anda tu tejado? –le preguntó él.

–Creo que las tablillas se están pudriendo. Ha salido otra gotera.

–Ha sido un año muy húmedo.

La mujer asintió con la cabeza.

–Pero también hemos tenido días soleados.

Pasó por delante de las cortinas venecianas y las persianas opacas que estaban en la parte trasera de la tienda. Cogió dos rollos de cinta adhesiva y un rollo de hilo de bramante y se acercó a la caja registradora.

–Cada vez que llueve tengo que colocar el cubo –añadió mientras dejaba dos monedas de 25 centavos sobre el mostrador.

–No tiene nada de malo –replicó Joe Lundy. Le devolvió las dos monedas haciéndolas deslizar sobre el mostrador pero no la miró–. Puedes pagarme después –propuso.

Entonces pasó un trapo por un costado de la caja registradora. Una mancha oscura se resistía a desaparecer.

–Puedo pagarte ahora –comentó la mujer.

–No te preocupes por ello –insistió Joe Lundy.

Metió una mano en el bolsillo de la camisa y sacó dos caramelos de crema envueltos en papel dorado.

–Para los niños –dijo.

Metió los dulces en el monedero pero dejó el dinero. Le agradeció el obsequio y salió de la tienda.

–Llevas un vestido rojo muy bonito –le dijo en voz alta en el preciso instante en que salía.

Ella dio media vuelta y entrecerró los ojos por encima de la montura de las gafas.

–Gracias –respondió–. Te lo agradezco, Joe.

Luego se cerró la puerta tras ella y permaneció sola en la acera. Se dio cuenta de que en todos esos años que había comprado en la tienda de Joe Lundy nunca lo había llamado por su nombre de pila. Joe. Le parecía extraño. Casi inapropiado. Pero lo había dicho. Lo había pronunciado en voz alta. Deseó haberlo pronunciado antes.

Se secó el sudor de la frente con un pañuelo. El sol brillaba con intensidad pero no le gustaba sudar en público. Se quitó las gafas y cruzó hasta el costado de la calle que quedaba a la sombra. En la esquina con Shattuck se subió al tranvía en dirección al centro de la ciudad. Se bajó en Kirtredge y entró en los grandes almacenes de J. F. Hink. Le preguntó al vendedor si tenían bolsas de lona, pero se habían agotado. Acababa de vender la última hacía media hora. El vendedor sugirió que probara en J. C. Penney, pero también estaban agotadas. No quedaba ni una bolsa de lona en toda la ciudad.

CUANDO LLEGÓ a casa, la mujer se cambió el vestido rojo por uno azul desteñido. Era su atuendo doméstico. Se recogió el cabello en un moño y se calzó un par de zapatos cómodos. Tenía que terminar de hacer las maletas. Enrolló la alfombra oriental del comedor. Descolgó los espejos. Retiró

las cortinas y las persianas. Sacó el diminuto bonsái al jardín y lo dejó sobre el césped debajo de los aleros para que no recibiera demasiada sombra ni demasiado sol, sino sólo la cantidad adecuada de ambos. Llevó el gramófono a cuerda Victrola y el reloj con carillón Westminster al sótano.

En el piso superior, en la habitación del niño, desenganchó de la pared el único mapamundi de la primera guerra mundial que existía y lo plegó cuidadosamente por las líneas de marca. Envolvió su colección de sellos y el indio de madera pintada y esbelto sombrero que había ganado en la feria de muestras de Sacramento. Sacó los cómics Joe Palooka de debajo de la cama. Vacío los cajones. Dejó algunas de las prendas, la ropa que necesitaría, para que él mismo la colocara después en la maleta. Dejó su guante de béisbol sobre su almohada. Guardó el resto de objetos personales en cajas y las llevó hasta el porche cerrado.

La puerta de la habitación de la niña estaba cerrada. Encima del pomo de la puerta colgaba una nota que no existía el día anterior. Decía NO MOLESTEN. La mujer no abrió la puerta. Descendió las escaleras y descolgó los cuadros de las paredes. Sólo había tres: el cuadro de la princesa Isabel en el comedor, el cuadro de Jesús en el vestíbulo, y en la cocina una reproducción enmarcada de Las espigadoras de Millet. Colocó a Jesús y a la princesita juntos y boca abajo en una caja. Se aseguró de que Jesús quedara arriba. Sacó el marco de Las espigadoras y se fijó una última vez en el cuadro. Se preguntó por qué lo había dejado colgado de la cocina durante tanto tiempo. Le resultaba molesto ver el modo en que esas campesinas estaban permanentemente inclinadas sobre un vasto campo de trigo. «Levantad la cabeza—le entraban ganas de decirles—. ¡Levantad la vista, arriba!» Decidió acabar con Las espigadoras. Dejó el cuadro en el exterior junto al cubo de la basura.

Vació las estanterías de libros del comedor a excepción de Aves de América de Audubon. En la cocina vació los armarios. Dejó unas cuantas provisiones para esa noche. Todo lo demás, la porcelana, la vajilla de cristal, el conjunto de palillos de marfil que su madre le había enviado, quince

años atrás, desde Kagoshima en el día de su boda, lo metió en cajas. Cerró las cajas con la cinta adhesiva de embalar que había comprado en la ferretería Lundy y las subió una por una hasta el porche. Cuando hubo acabado cerró la puerta con dos cerrojos y se sentó en el rellano con el vestido levantado hasta las rodillas y encendió un cigarrillo. Mañana, ella y los niños se marcharían. No sabía adónde irían, cuánto tiempo duraría su ausencia ni quién ocuparía su casa. Sólo sabía que tenían que marcharse.

Podían llevarse algunas cosas: ropa de cama, tenedores, cucharas, platos, cuencos, tazas, ropa. Éstas eran las palabras que había escrito en el reverso del recibo del banco. No estaba permitido llevarse animales domésticos. Eso era lo que decía el cartel.

Era a finales del mes de abril. Era la cuarta semana del quinto mes de la guerra y la mujer, que no siempre seguía las normas, siguió las normas. Entregó el gato a los vecinos de al lado, los Greer. Atrapó al pollo que andaba correteando por el patio desde el otoño y le retorció el pescuezo con el mango de una escoba. Lo desplumó y lo colocó en una olla con agua fría en el fregadero.

A PRIMERA hora de la tarde su pañuelo estaba empapado. Tenía dificultades para respirar y sentía picor en la nariz debido al polvo. Le dolía la espalda. Se descalzó y se hizo un masaje en los juanetes de los pies, luego regresó a la cocina y encendió la radio. Enrico Caruso estaba cantando *La donna è mobile* una vez más. Su voz era portentosa y dulce. Abrió el congelador y sacó una bandeja de albóndigas de arroz rellenas de ciruelas confitadas. Las comió lentamente mientras escuchaba al tenor. Las ciruelas tenían un color oscuro y sabían amargas. Tal y como a ella le gustaban.

Cuando se terminó el aria, la mujer apagó la radio y colocó dos albóndigas de arroz en un cuenco azul. Rompió un huevo sobre el borde del cuenco y añadió un trozo de salmón que había hervido la noche anterior. Llevó el cuenco

hasta el porche trasero y lo dejó junto a los escalones. Le dolía la espalda pero logró mantenerse erguida y dar tres palmadas.

Un perrito blanco salió cojeando de entre los árboles.

–Come, Perro Blanco –dijo.

El perro blanco era anciano y estaba enfermo, pero sabía comer. La cabeza se movía arriba y abajo en el interior del cuenco. La mujer se sentó junto al animal y se lo quedó mirando. Cuando el perro hubo vaciado el cuenco levantó la cabeza. Uno de sus ojos estaba nublado. Ella le frotó el estómago y la cola del animal dio unos golpecitos contra los escalones de madera.

–Buen perrito –lo animó la mujer.

Se levantó para disponerse a cruzar el patio. El perro blanco la siguió. El narciso del jardín estaba cubierto por una capa de añublo blanco y los iris empezaban a marchitarse. Habían crecido malas hierbas por todas partes. Hacía meses que la mujer no había cortado el césped. Su marido solía ocuparse de ello. No había visto a su marido desde su detención el anterior mes de diciembre. Primero lo habían enviado al Fuerte Missoula, a Montana, en un tren y luego lo habían trasladado al Fuerte Sam Houston de Texas. Cada pocos días tenía permiso para escribir una carta. Por lo general escribía sobre el tiempo. El tiempo del Fuerte Sam Houston era bueno. En el reverso de cada sobre había un sello con la inscripción «Censurado, Departamento de Guerra», o «Correo enemigo extranjero detenido».

La mujer se sentó sobre una gran piedra que estaba debajo del caqui. Perro Blanco estaba tumbado a sus pies con los ojos cerrados.

–Perro Blanco –empezó la mujer–. Mírame.

Perro Blanco levantó la cabeza. La mujer era su ama y él tenía que obedecerla. Se puso los guantes blancos de seda y cortó un trozo de hilo de bramante.

–Mírame fijamente –continuó–. Has sido un buen perro blanco. –Sonó un teléfono a lo lejos. Perro Blanco ladró–. Cállate –ordenó la mujer. Perro Blanco se calló–. Ahora da-

te la vuelta –continuó. El animal dio media vuelta sin dejar de mirarla con su ojo bueno–. Haz el muerto –dijo.

Perro Blanco ladeó la cabeza y cerró los ojos. Sus patas estaban flojas. La mujer acercó la enorme pala que estaba recostada sobre el tronco del árbol. La levantó con ambas manos y la dejó caer rápidamente sobre la cabeza del perro. El cuerpo de Perro Blanco se estremeció dos veces y sus patas traseras dieron patadas en el aire, como si quisieran echar a correr. Luego se quedó inmóvil. Le salió un reguero de sangre por la comisura de la boca. Ella lo desató del árbol y respiró hondo. La pala había sido una buena elección. Mejor que un martillo, pensó.

Empezó a cavar un hoyo debajo del árbol. La superficie del suelo estaba dura pero debajo se apreciaba una capa suave y húmeda. Cedía sin gran dificultad. Hincó la pala en la tierra varias veces hasta que el hoyo fue profundo. Levantó a Perro Blanco del suelo y lo dejó caer sobre el agujero. El cuerpo del animal no era muy pesado. Impactó contra la tierra con un golpe seco y discreto. Ella se quitó los guantes y se los quedó mirando. Ya no eran blancos. Los tiró al agujero y volvió a recoger la pala. Llenó el hoyo de tierra. El sol calentaba y el único rincón donde había sombra era debajo de los árboles. La mujer se quedó de pie debajo de los árboles. Tenía cuarenta y un años y estaba cansada. La parte trasera de su vestido estaba empapada en sudor. Se apartó el cabello de los ojos y se reclinó sobre el tronco. Todo parecía igual, salvo que la tierra era de un tono más oscuro en el lugar donde se había cavado el hoyo. Era más oscuro y húmedo. Arrancó una hoja de una rama baja que colgaba y entró en la casa.

CUANDO LOS niños regresaron a casa después del colegio les recordó que tendrían que marcharse al día siguiente a primera hora de la mañana. Mañana irían de excursión. Sólo podían llevarse aquello que pudieran cargar consigo.

–Ya lo sé –contestó la niña.

La pequeña llevaba puesto un vestido sencillo de algo-

dón blanco con diminutas muestras de anclas azules, y llevaba el pelo recogido hacia atrás con dos trenzas negras. Dejó caer sus libros sobre el sofá y le dijo a la mujer que su profesor, el señor Rutherford, se había pasado una hora entera hablando de números primos y coníferas.

–¿Sabes lo que es una conífera? –preguntó la niña.

La mujer tuvo que reconocer que no lo sabía.

–Cuéntame –dijo, pero la niña negó con la cabeza.

–Te lo contaré luego –dijo la pequeña.

Tenía diez años de edad y sabía lo que le gustaba. Los niños, el regaliz negro y Dorothy Lamour. Su canción preferida de la radio se titulaba «Don't Fence Me In», es decir, «no me atosigues». Adoraba a su mascota, un guacamayo. Se acercó a la estantería y cogió Aves de América. Echó a andar lentamente con el libro balanceándose sobre su cabeza y la espalda erguida, y subió las escaleras hasta su habitación. Al cabo de unos segundos se oyó un ruidoso impacto y el libro acabó rodando por las escaleras. El niño miró a su madre. Tenía siete años de edad y llevaba puesto un pequeño sombrero negro de estilo tirolés inclinado hacia un costado.

–Tiene que estar más erguida –apuntó en voz baja.

Se dirigió al pie de la escalinata y se quedó mirando el libro fijamente. Había caído abierto sobre la ilustración de un pajarillo marrón. Era un reyezuelo.

–Tienes que estar más erguida –gritó.

–No es eso –replicó la niña–. Es mi cabeza.

–¿Qué le pasa a tu cabeza?– gritó el niño.

–Es demasiado redonda. Demasiado redonda en la parte de arriba.

El niño cerró el libro y se dirigió a su madre.

–¿Dónde está Perro Blanco? –se interesó.

El pequeño salió al porche y dio tres palmadas.

–¡Perro Blanco! –gritó. Volvió a dar palmadas–. ¡Perro Blanco! –repitió varias veces.

Entonces entró en casa y se acercó a la mujer, que estaba en la cocina. Estaba cortando trozos de manzana. Los de-

dos de sus manos eran largos y blancos y sabían sostener un cuchillo.

–Cada día que pasa, ese perro está más sordo –comentó.

Se sentó y encendió y apagó la radio varias veces mientras ella disponía las manzanas sobre una bandeja. La Radio City Symphony tocaba el último movimiento de la Obertura 1812 de Chaikovski. Un toque de platillos. Un zambombazo. Dejó la bandeja delante del niño.

–Come –dijo.

El niño cogió un trozo de manzana en el preciso instante en que el público estallaba en un aplauso. «Bravo –gritaban–. ¡Bravo, bravo!» El niño movió el dial para ver si podía dar con el programa deportivo «Speaking of Sports», pero lo único que captó fueron las noticias y una serenata de Sammy Kaye. Apagó la radio y cogió otro trozo de manzana.

–Hace mucho calor aquí dentro –dijo.

–Pues entonces quítate el sombrero –contestó la mujer, pero el niño no quiso hacerle caso.

El sombrero era un regalo de su padre. Le quedaba grande pero lo llevaba a diario. La mujer le sirvió un vaso de hordiate frío y él se lo bebió de un tirón. Luego la niña entró en la cocina y se dirigió a la jaula del guacamayo que estaba situada junto al horno. Se inclinó para acercar su rostro a los barrotes.

–Dime algo –propuso.

El pájaro agitó las alas e hizo unos movimientos de un lado a otro desde su posición encaramada.

–Baaak –soltó el ave.

–Eso no es lo que quería oír –protestó la pequeña.

–Quítate el sombrero –dijo el ave.

La niña se sentó y la mujer le sirvió un vaso de hordiate frío con una larga cuchara de plata. La niña lamió la cuchara y se miró en su reflejo. Tenía la cabeza boca abajo. Hincó la cuchara en el bol de azúcar.

–¿Le pasa algo a mi rostro? –empezó.

–¿Por qué lo dices? –respondió la mujer.

–Porque la gente lo mira.

–Ven aquí –ordenó la mujer.

La niña se levantó y se dirigió hacia donde estaba su madre.

–Déjame que te mire.

–Has sacado los espejos –observó la pequeña.

–Tenía que hacerlo. Los he guardado.

–Dime qué aspecto tengo.

La mujer pasó sus manos sobre el rostro de la niña.

–Tienes buen aspecto –la tranquilizó–. Tienes una nariz muy bonita.

–¿Qué más? –insistió la pequeña.

–Y una dentadura bien formada.

–Los dientes no cuentan.

–Los dientes son fundamentales.

La mujer empezó a masajear los hombros de la niña. Le indicó que se echara hacia atrás y cerrara los ojos. Luego apoyó los dedos sobre el cuello de su hija hasta que notó que se empezaba a relajar.

–Si mi rostro tuviera algo raro –continuó la niña–, ¿me lo dirías?

–Ahora date la vuelta –dispuso la mujer.

La niña dio media vuelta.

–Ahora mírame.

La niña miró a la madre.

–Tienes el rostro más hermoso que jamás haya visto.

–Lo dices por decir.

–No, lo digo de verdad.

El niño apagó la radio. El hombre del tiempo estaba explicando su previsión para el día siguiente. Su pronóstico era de lluvia y temperaturas frías.

–Siéntate y bébete el agua –le dijo el niño a su hermana. «Mañana no se olviden de llevarse el paraguas», dijo el hombre del tiempo.

La niña se sentó. Se bebió el hordiate y empezó a contarle a la mujer todo lo que sabía sobre las coníferas. La mayoría eran de hoja perenne, pero algunos eran simples arbustos. No todas ellas tenían piñas. Algunas, como el tejo, sólo tenían vainas de semilla.

–Es bueno saberlo –repuso la mujer. Luego se levantó y le dijo a la niña que era el momento de practicar para la lección de piano del jueves,

–¿Tengo que hacerlo?

La mujer se quedó pensando por unos momentos.

–No –contestó–. Sólo si te apetece.

–Dime que es obligatorio.

–No puedo hacerlo.

La niña salió del comedor y se sentó en la banqueta del piano.

–El metrónomo ha desaparecido –gritó.

–Pues cuenta tú misma el tempo.

–...TRES, CINCO, siete.

La pequeña dejó el cuchillo sobre la mesa y se detuvo. Estaban cenando en la mesa. Era el atardecer. El cielo tenía un tono morado oscuro y soplaba una brisa procedente de la bahía. Cientos de arrendajos revoloteaban como locos en la magnolia de los vecinos de al lado, los Greer. Una gota de lluvia cayó sobre el alféizar de la ventana del fregadero, y la mujer se levantó para cerrarla.

–Once, trece –continuaba la niña.

Estaba practicando los números primos para el examen del lunes.

–¿Dieciséis? –interrumpió el niño.

–No –fue la respuesta de la niña–. El dieciséis tiene una raíz cuadrada.

–Lo he olvidado –reconoció el niño.

Cogió un muslo de pollo y se dispuso a comerlo.

–Nunca lo has sabido –replicó la niña.

–Cuarenta y uno –dijo el niño–. Ochenta y seis. –Se limpió la boca con una servilleta–. Doce –añadió.

La niña se lo quedó mirando. Después se volvió su madre.

–Le pasa algo a este pollo –dijo–. Es muy duro. –La niña dejó el tenedor sobre la mesa–. No puedo tragar ni un solo bocado más.